

**¿Rusia o Kolchak?**  
**León Trotsky**  
**Abril de 1919**

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 355-358. S/f. Datamos provisionalmente en abril de 1919.)

El país se ha puesto en movimiento. El peligro que se cernía por el este ha despertado la energía colosal de las masas trabajadoras. Las fuerzas se movilizan, la voluntad se concentra: se prepara la respuesta.

Como es lógico, el país está cansado. Un cansancio acumulado que viene de lejos, porque el pueblo trabajador, cuando estaba sometido, padeció siempre de cansancio, y así fue lanzado a la hoguera de la guerra imperialista. La revolución de febrero le trajo la apariencia de una liberación, para engañarle después y aumentar más su cansancio.

La revolución de octubre despertó las fuerzas del pueblo, le indicó la salida. Pero al convertirse en una terrible amenaza para la burguesía mundial, la misma revolución de octubre dio lugar a una serie de rabiosos ataques y campañas contra el poder obrero y campesino. Desde hace diecisiete meses sostenemos una lucha casi continua. Nos atacan y nos defendemos. Los obreros y los campesinos no querían, no quieren, la guerra, pero no querían y no quieren convertirse de nuevo en bestias de carga, arreadas bajo el mando de Kolchak.

El país agotado se ha defendido y se defiende, desangrándose. Con esa fatiga del país contaron, primero, los imperialistas alemanes, luego los rapaces anglofranceses, y ahora Kolchak. Éste comprende, claro está, que no puede dar al traste con la Rusia de millones de obreros y campesinos. Pero cuenta con que el pueblo abandone la lucha.

Sobre el pueblo trabajador de Rusia se han abatido, en cinco años, tantos sufrimientos, calamidades y padecimientos, que uno podría preguntarse: ¿de dónde saca aún fuerzas para defenderse y resistir? Kolchak confía en que el obrero ruso inclinará la cabeza y al campesino ruso le fallará el corazón; que ambos dejarán caer los brazos y dirán: “no, no tenemos más fuerzas para resistir, que venga el que sea, Kolchak, el rey inglés, el mikado japonés; que saqueen, degüellen, hagan lo que quieran, nosotros no podemos y no queremos resistir más”. He ahí con lo que cuenta Kolchak.

Y efectivamente, si el espíritu popular se quiebra será el fin.

¡Pero esto no puede ser, no puede ocurrir!

Ante nuestros ojos está realizándose una gran hazaña. El peligro temible ha suscitado en las entrañas populares un nuevo flujo de energía y de fuerza. Lo mismo sucede con el hombre que marcha solo por el bosque: cansado, agotado, medio dormido, está propenso a dejarse caer sobre el primer tocón y sumirse en profundo sueño. Pero de repente, en el silencio del bosque nocturno, oye el silbido de los bandidos, y el caminante medio muerto de cansancio se endereza, aguza su mirada en la oscuridad, agarra un palo, una piedra, un cuchillo, lo que tenga a mano. El peligro mortal despierta su energía adormecida.

El pueblo ruso es ahora un gran caminante. Habiéndose sacudido las cadenas de su vieja esclavitud marcha hacia nuevos objetivos grandiosos, hacia la creación de una vida honrada, justa, laboriosa y feliz, fundamentada en los principios del trabajo fraternal. Pero el camino es duro: subidas y bajadas, baches y barrancos, cascajos cortantes bajo los pies. Y bajo las piedras del camino víboras venenosas acechan al viajero. Un negro cuervo grazna siniestramente, describiendo círculos sobre su cabeza, aguardando la presa. Pero

el caminante, agotado por el hambre, supera los obstáculos y avanza hacia su meta. Por momentos parece detenerse, tal vez por cansancio, tal vez para pensar. Parece, incluso, que la duda atraviesa su espíritu: ¿podré llegar?

Uno de esos momentos acecha Kolchak. Se las ingenió para concentrar todas sus fuerzas, todo lo que tenía a mano, y golpeó al pueblo ruso desde la retaguardia siberiana: “Tu estás agotado, proletario; tu estás cansado, campesino. Vuestro corazón flaquea, dejáis caer los brazos. Quiere decirse que ahora sois míos. Yo os plegaré a mi poder, os encadenaré, os pondré un nuevo bozal autocrático, y con vergajos de acero al rojo vivo os obligaré a servir como antes a vuestros amos seculares, a los terratenientes, fabricantes, generales y almirantes. Y Rusia será obra vez del zar y de los nobles”.

Pero Kolchak ha hecho un cálculo falso. Ha observado, justamente, el cansancio del pueblo. Porque cansancio hay, todos los siente, Todo el país quiere paz y trabajo pacífico. Pero no hay sólo cansancio. Hay la conciencia popular, hay la voluntad indomable de libertad, de independencia y de felicidad. La Rusia actual, la nueva Rusia, no es noble, ni burguesa, ni zarista, ni kolchaquista; es obrera y campesina. En cuanto las campanas de la alarma han resonado por toda Rusia, no sólo los obreros de Petrogrado y Moscú, no sólo la población trabajadora del Volga directamente amenazada por Kolchak, sino también los campesinos de los más escondidos distritos y comarcas las han oído y han comprendido que el último enemigo fuerte y peligroso está ahí, amenazando todo lo que el pueblo ha conquistado y (lo que es más grave) todo su futuro. Ante cada obrero y campesino, ante cada soldado consciente y honesto del Ejército Rojo, el problema se plantea así: ¿quién debe vivir y quién debe morir? ¿Rusia o Kolchak?

Rusia son sus trabajadores, que han tomado en sus manos la dirección del país, comenzado a curar sus viejas heridas y llagas y a construir una nueva vida razonable. Rusia es su pueblo de millones de personas, que desea paz y hermandad con los demás pueblos de trabajadores. Rusia son sus jóvenes generaciones y las generaciones futuras, nuestros hijos, nietos y biznietos, a los que entregaremos un país liberado de la barbarie y del salvajismo que han gravitado sobre él durante siglos.

Kolchak es la encarnación de toda la vieja injusticia de la vida rusa. Convertir todo el país en un terrible presidio, cuyos carceleros y verdugos sean los explotadores hoy humillados, y los presidiarios sean los obreros y campesinos trabajadores: he ahí el único objetivo de la campaña de Kolchak.

El país ha sacudido todo sopor. En las provincias y distritos, en las comarcas y en el centro, la atención general se concentra en una única cuestión: reunir y concentrar todas las fuerzas y medios para resistir a Kolchak. Además de la movilización de cinco quintas, decretada por el Consejo de Comisarios del Pueblo, todas las provincias se esfuerzan por crear unidades ejemplares formadas de voluntarios, de los obreros y campesinos más conscientes, revolucionarios y abnegados. El ejemplo lo han dado las provincias del Volga: los comunistas de Sisran, Samara, Simbirsk y Kazán, forman con energía febril regimientos revolucionarios de choque. Los obreros de Moscú viven con un solo pensamiento, con una única preocupación: abastecer el frente del este. En Petrogrado se trabaja heroicamente por el frente del este. Los obreros de Penza telegrafían sobre la rápida formación de un regimiento de choque. En las provincias de Jaroslav y Vologa los comunistas cumplen con su deber, movilizándolo a los mejores combatientes para el frente oriental. Rusia despierta, las provincias y distritos se emulan entre sí para cerrar el paso a Kolchak. Es una noble emulación, no motivada por un amor propio vanidoso sino por la aspiración de servir lo mejor posible a la causa de la revolución obrera y campesina.

El peligro que amenaza en el frente del este es grande. Las fuerzas de Kolchak no han sido derrotadas aún y ni siquiera ha sido contenido su avance hacia el Volga. Pero ya

puede decirse con profunda convicción que a la amenaza de Kolchak la Rusia soviética da una respuesta poderosa, demoledora.

¡No perder ni un día, ni una hora! ¡Reunir todas las fuerzas, todos los medios y ponerlos en acción! ¡Cada militante debe ser puesto en el sitio adecuado! Cada provincia, cada distrito, cada comarca, debe trabajar ahora como si todo el peso de la agresión kolchaquista fuera a descargarse sobre ella. Estas semanas de primavera serán decisivas. Cuando Kolchak se hunda, tras él desaparecerán los restos de las bandas de Krasnov y Denikin, los ingleses se llevarán sus tropas de ocupación, e Hindenburg se largará con sus miserables batallones de “hierro”.

Kolchak es la única amenaza seria. Y este peligro será superado, liquidado, aplastado. La Rusia obrera y campesina quiere vivir y vivirá.

¡Muerte a Kolchak!

¡Viva la Rusia obrera y campesina!

Edicions Internacionals Sedov  
Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)